

# **Notas sobre la crisis del empleo y la nueva marginalidad en tiempos de cambio social.**

Salvia, Agustín.

Cita:

Salvia, Agustín (2004). *Notas sobre la crisis del empleo y la nueva marginalidad en tiempos de cambio social*. Observatorio Patagónico, 4, 1-1.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/213>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/nNf>

# **“TRABAJO, RIQUEZA, INCLUSIÓN”**

RÍO CUARTO, 3-4-5 DE NOVIEMBRE DE 2004

## **CRISIS DEL EMPLEO Y NUEVA MARGINALIDAD: EL PAPEL DE LAS ECONOMÍAS DE LA POBREZA EN TIEMPOS DE CAMBIO SOCIAL**

Agustín Salvia<sup>1</sup>

### **Presentación**

El objetivo de toda investigación científica es remitir lo empírico reconocible pero indiferenciado a categorías teóricas desde las cuales lo real se organice y se explique de un modo demostrable; es decir, de modo de poder reducir la complejidad de lo real a algunas ideas básicas que el pensamiento pueda identificar y proponer a la discusión como núcleo inteligible del fenómeno que se considera. Al respecto, cabe señalar que lo real es siempre más complejo que el pensamiento que asume su representación, y que el trabajo de investigación científica procura justamente reconocer este diferencial de complejidad en función de resignificar el objeto representado, a partir de lo cual se hace muchas veces necesario una reformulación del problema investigado.

En el actual campo de investigación de las ciencias sociales, se hace evidente que algunos de los supuestos epistémicos tradicionales (disciplinarios, deterministas y atemporales) no se sostienen ante las manifestaciones de un mundo social que se nos presenta complejo, conflictivo e indeterminado. Al respecto, surgen nuevas visiones teóricas sobre los sistemas, el tiempo y los acontecimientos, así como la necesidad de integrar visiones interdisciplinarias en búsqueda de poder profundizar y enriquecer el conocimiento del mundo de manera significativa.<sup>2</sup>

En este marco, el concepto de “cambio social” asume un valor heurístico relevante y factible de ser definido en función del problema estudiado. En tiempos normales la acción se desarrolla entre el margen estrecho de las reglas sociales, pero en época de crisis se crean condiciones favorables para el desarrollo de estrategias audaces y originales.<sup>3</sup> La tensión y el conflicto son activadores necesarios del cambio social: tensión entre los encadenamientos sistémicos, institucionales y subjetivos interesados en el orden establecido y aquellos otros obligados en su trance a desarrollar evoluciones zonales, ritmos locales de desarrollo, creación de nuevos espacios organizados. Por

---

<sup>1</sup> Investigador CONICET, coordinador del grupo de investigación Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires e investigador jefe del Observatorio de la Deuda Social Argentina en el Departamento de Investigación Institucional de la UCA.

<sup>2</sup> Al respecto consultar Prigogine (1983); Prigogine y Stengers (1983); J. Wagenberg (1985); Morin (1994); E. Laszlo (1990); G. Balandier (1989), entre otros.

<sup>3</sup> "Podemos definir para ciertos sistemas un 'umbral', una distancia crítica respecto al equilibrio, a partir de la cual una fluctuación puede eventualmente no remitir, sino aumentar (...) La conclusión más general que podemos extraer de estos estudios es que mientras en estados próximos al equilibrio, la desorganización y la inercia son normales; más allá del umbral de inestabilidad, la norma es la auto-organización, la aparición espontánea de una actividad diferenciada en el tiempo y en el espacio". (Prigogine, 1983: p. 91).

definición, el cambio social implica siempre disipación de un orden dado y emergencia de nuevas formas de organización y reglas de integración.

El cambio social, no tiene un signo ni un sentido predeterminado ni mucho menos se define por las intenciones de sus protagonistas. Las nuevas formas sociales nunca son la expresión de la voluntad de los actores –ni siquiera la del actor triunfante–, sino la construcción histórica de un proceso que podemos suponer se encuentra, por un lado, organizado de algún modo reconocible (obligado a funcionar bajo composiciones y reglas de integración social aceptadas), y, al mismo tiempo, abierto a la innovación en función de resolver el conflicto (obligado a funcionar bajo condiciones de incertidumbre e improvisación en donde el estado futuro del sistema no está predeterminado). De esta manera, cualquiera sea el punto de partida, se trata de un orden en conflicto, significado de manera cultural por los actores, abierto a la construcción social interesada, polivalente en cuanto a las consecuencias sociales de su desarrollo. Un orden frente al cual para su reconocimiento resulta necesario abandonar desde un principio toda ilusión en cuanto a la transparencia del lenguaje y de los actores; incluso, de los propios lenguajes y de la propia acción.

En esta ocasión, este modelo interpretativo interesa en función de revisar el sentido y alcance del surgimiento en la Argentina reciente de un conjunto heterogéneo de formas colectivas de autogestión económica y acción política que presentan amplias derivaciones sociales. Nos referimos a expresiones como las empresas recuperadas, comunidades piqueteras, clubes del trueque, asambleas vecinales, cooperativas populares, etc.). Desde la investigación social se tiende a definir a estos emergentes colectivos reuniéndolos bajo el nombre de “economía social” o “economía popular”, asignándoles un papel importante en la construcción de una “nueva matriz política” de organización popular, o, incluso, como una nueva “utopía del desarrollo”, capaz de resolver lo que la economía de mercado no puede solucionar.

Cabe anticipar que este artículo propone una lectura distinta y provocadora del fenómeno. Tales modalidades de autogestión –a las que mejor cabe llamar “*economías de la pobreza*”– sin dejar de ser un tipo de expresión contestataria contra el sistema social, cumplen un cometido intencional fundamental: funcionar como métodos colectivos de subsistencia individual en un contexto de crisis de las tradicionales instituciones de bienestar y de los mecanismos tradicionales de movilidad social. La reproducción ampliada del fenómeno se explica en última instancia por la relativa eficacia que tienen para los agentes involucrados determinados métodos de acción basados en reglas de reciprocidad. El principal efecto agregado de este despliegue de micro estrategias de subsistencia es la emergencia en la estructura social de un crecientemente heterogéneo, políticamente activo y socialmente segmentado sector informal, que lejos de plantear una nueva utopía política o económica, reproduce de manera ampliada una matriz socio-política polarizada y fragmentada, a partir de lo cual continúa siendo posible la subordinación social “*de los de abajo*” y la movilidad social “*de los de arriba*”.

En principio, cabría no sobredimensionar el papel transformador ni el carácter novedoso de estas formas de reciprocidad; incluso, cuando tales estrategias colectivas adoptan la forma de grupo de presión o como movimiento político reclamador de derechos de ciudadanía. En estos casos, se trata de acciones dirigidas a reivindicar la actualización de una incumplida modernización política, económica y social. En todos los casos, siendo el poder político oficial el principal agente de negociación. El fenómeno, más allá de su discurso “autogestionario”, muestra al propio Estado como principal protagonista necesario y a grupos políticos opositores como invitados secundarios,

todos en procura de regular y orientar la conflictividad social. Todo ello situado –en particular, en el caso argentino- en una estructura de oportunidades caracterizada por la crisis del empleo, la segmentación del sistema de movilidad social y la crisis de legitimidad de los mecanismos tradicionales de dominación político-corporativa.

Es en este proceso que el entramado atomizado de formas de subsistencia que podemos llamar “*economías de la pobreza*” se constituye en un factor polivalente y funcional de cambio social. Por lo mismo, cabe preguntarse cuál es el efectivo papel y qué tipo de innovación generan o hacen posible estos métodos colectivos de reproducción social en el actual contexto del capitalismo argentino.

Con estas preocupaciones avanza la investigación empírica que ha dado lugar a estas notas. Sin todavía presentar una demostración, se desarrolla al final de este trabajo una particular y sugerente hipótesis sobre el contradictorio papel que desempeñan los emprendimientos autogestionarios de la economía social. Sin duda, se presenta un cuadro parcial y todavía incompleto de una tesis que merece mayor desarrollo y puesta a prueba de evidencias.

### **El cambio social como objeto de investigación**

El cambio social ha sido un tema de constante preocupación teórica para las ciencias sociales. La primera gran ambición científica en este campo fue la aspiración a determinar las “leyes” de la evolución histórica.<sup>4</sup> En general, subyacía a este interés la idea de progreso revivida durante el Siglo de las Luces y triunfante durante el siglo XIX. Esta noción enfrentó tempranamente la crítica de los historiadores a través de la idea de “acontecimiento” como evento único e irrepetible. Pero las ciencias sociales ignoraron desdeñosamente este cuestionamiento. Los pensadores posclásicos y poscríticos (si se puede denominar así a los kantianos estilo Weber), aunque con ambiciones más modestas, siguieron buscando regularidades que pudieran explicar los cambios en las sociedades poniendo énfasis en aspectos parciales de las mismas. Se preocuparon fundamentalmente por la acción de los agentes sociales en los procesos de interacción e intercambio, más que en los procesos a nivel de las estructuras o de instituciones como la propiedad privada y el Estado.

Con estos antecedentes surgieron en el siglo XX las teorías del desarrollo y la modernización. En todos los casos representando una combinación entre un esquema explicativo ideal y un abordaje específico del objeto y el problema de estudio. En este marco, por ejemplo, el estructural funcionalismo de Parsons y Merton procuró dar a la sociología –como el keynesianismo a la economía- tanto un modelo para explicar el cambio social (las disfuncionalidades, la socialización incompleta, las incompatibilidades entre demandas y el papel de los actores, etc.) como el campo de acción de su explicación (procesos sociales delimitados). Desde esta mirada de época no emergió ninguna importante referencia al análisis global sobre los procesos de cambio de un tipo de sociedad a otro, y si bien desde esta mirada se abordó con particular insistencia el problema de la transición de las sociedades tradicionales a las modernas, no surgieron a partir de este enfoque *leyes del cambio* como tales, sino más bien tipos ideales descriptivos; o, desde la posición opuesta, ejemplos históricos con la función de constituir pruebas refutatorias. Los cambios eran caracterizados a través de modelos polares, sin ningún intento de explicar su causalidad, sus secuencias o sus formas.

---

<sup>4</sup> De ella participaron pensadores clásicos como Smith, Ricardo, Comte, Spencer, Durkheim, Marx, entre otros.

El pensamiento social de América Latina de los años sesenta y setenta recogió estos antecedentes a través de dos líneas fundamentales, ambas orientadas por un ideario de progreso. Por un lado, un enfoque neomarxista crítico en cuanto a las posibilidades de desarrollo de la región bajo las condiciones históricamente establecidas; y por otro, un enfoque más optimista centrado en los procesos de transición hacia la modernidad. El neomarxismo se desarrolló a partir de una lectura académica de Marx y Lenin y la incorporación de los conflictos de clase y los problemas de la dependencia económica, política y cultural en el contexto del subdesarrollo. En general, se estaba en búsqueda de un actor revolucionario en el sentido clásico del término, pero la mayor parte de los estudios realizados desde este enfoque ponían en entredicho la posibilidad de que dicho actor fuese la clase obrera. Por otra parte, los enfoques centrados en los temas vinculados con la transición hacia la modernidad recogieron el desprestigio de las teorías gradualistas, incorporando al diagnóstico factores estructurales como la dependencia industrial, la concentración de la tierra y la pobreza urbana. El problema de la articulación entre el programa estatal de desarrollo y las relaciones entre las clases sociales (trabajadores versus elites económicas y políticas) pasó a ocupar un papel clave en las posibilidades de resolver la transición. Al respecto, las clases medias y una dirigencia política con mentalidad desarrollista constituían piezas claves para promover el desarrollo. Tanto la Revolución Cubana como la Alianza para el Progreso tuvieron efectos perturbadores –aunque con diferente valoración– para ambos programas de investigación.

Mientras tanto occidente cambiaba de rostro. Un nuevo contexto simbólico se abrían al pensamiento social a partir de dos factores: a) la desilusión de las promesas del socialismo; y b) la crisis el modelo fordista y su Estado de bienestar. El Mayo Francés y la Primavera de Praga fueron una expresión reveladora del agotamiento de la sociedad industrial. En campo económico, el conflicto capital-trabajo en las empresas había alcanzado su mayor grado de conflictividad, degradando la productividad y disminuyendo los márgenes de beneficio de las empresas. Era hora de innovar, y la economía de mercado dio respuesta. Pero más allá de los primeros entusiasmos, junto con el nuevo desarrollo científico y tecnológico tuvo lugar un nuevo debilitamiento de la creencia de que la solidaridad humana habría de acompañar la marcha de la civilización y el desarrollo económico. La guerra de Vietnam, la intolerancia religiosa, el surgimiento del regionalismo, el apartheid, la desigualdad entre razas y de sexo, la crisis energética, el peligro al holocausto nuclear, el SIDA, etc., invadían de indignación y temor a las sociedades del mundo desarrollado. La naciente sociedad postindustrial quedó así atrapada desde un principio por una mirada escéptica acerca del mundo y del futuro; sin grandes protagonistas que pudieran proyectar un futuro distinto para la condición humana.

Los hechos que le sucedieron –y que hoy continúan dominando bajo el nuevo escenario de la globalización– no han logrado más que confirmar este desaliento; y esto más allá de que la nueva expansión del capitalismo, la caída del socialismo real, los procesos de integración regional y el desarrollo de las comunicaciones y la información hayan introducido nuevas promesas e ilusiones modernizadoras.

Estos procesos no dejaron de afectar al mundo subdesarrollado, pero en el caso de América Latina el desaliento emergió como expresión del descreimiento en la promesa –efectuado tanto por las teorías modernizadoras como por las revolucionarias– de que era posible el desarrollo económico y el progreso social bajo una distribución más equitativa. La realidad histórica hacía evidente que los protagonistas del cambio social estaban ausentes y que la transición era mucho más costosa de lo esperado o, incluso,

imposible. Una intelectualidad joven y radicalizada, asumiendo un amplio liderazgo social, comenzó a denunciar el engaño y creció la intolerancia y el horror. El subdesarrollo latinoamericano mostró durante la etapa de regímenes autoritarios y gobiernos militares su faceta contemporánea más perversa. Pero ni el terror de Estado ni el aumento que experimentó la pobreza generaron revoluciones. Ni la vuelta a la institucionalización democrática generó una reducción de la brecha entre lo moderno y lo tradicional o entre riqueza y miseria. Ni las reformas neoliberales produjeron la prometida modernización económica. Las evidencias muestran que historia ha sido mucho más caprichosa que cualquier pronóstico social o receta reformista.<sup>5</sup>

En este marco, si bien no surgió ninguna crítica sistemática ni consistente a la teoría de las clases sociales y de la revolución, se fue perdiendo gradualmente interés por la clase obrera, ganando protagonismos el estudio de viejos y nuevos actores sociales. En este sentido, el poder del Estado (o su burocracia civil o militar), y no los patrones, pasaron a constituirse en los enemigos de los nuevos liberadores de la sociedad (portadores de una crítica de ruptura con los valores culturales dominantes). Así pues, hemos llegado a un punto en donde el cambio social no puede ser reducido a un modelo único. En este sentido, los nuevos temas tienen mucho más que ver con procesos de disgregación y disolución que de composición e integración.

Cabe observar que ninguno de los nuevos actores sociales definidos como movimientos sociales por Touraine o Melucci (creados alrededor de demandas de género, derechos de minorías étnicas, movimientos estudiantiles, comunidades de base eclesiósticas), ni las nuevas formas de la marginalidad social a las que hacemos referencia con la economía de la pobreza, aunque existentes de mucho antes, aparecen en los textos clásicos de las ciencias sociales antes de la segunda guerra mundial. Actualmente, las ciencias sociales actuales han logrado al menos identificar tales hechos, delinear nuevos campos de interés y avanzar en la comprensión de las dinámicas sociales asociadas a tales procesos. Pero esto sólo está siendo posible debido a una mayor aceptación acerca de la naturaleza variable y relativa de los hechos históricos y el carácter simbólico del mundo antropológico. Se hace cada vez más evidente que si bien los modelos simplistas abstractos de los economistas o de los estadísticos sociales son útiles para crear categorías analíticas, que pueden ayudar a describir el comportamiento estructural, no sirven para describir, interpretar ni anticipar los procesos sociales que son también culturales, y que por lo tanto deben considerarse a la luz de dinámicas estructurantes-estructuradas que arrastran procesos recursivos, innovaciones continuas y múltiples efectos de sentido.

Así, debido al conflicto de intereses y valores, cada sociedad o segmentos particulares de ella construyen los procesos de cambio a partir de vectores globales formados por condiciones iniciales frágiles, sometidas a permanentes desequilibrios y alternativas de acción. De este modo, las soluciones pueden estar “amalgamadas” y desarrollarse una pluralidad de patrones sociales (estructuras, formas de organización y modos culturales). Pero siempre dentro de un orden dinámico estructurante. Por ello, en vez de *una gran teoría*, teorías del cambio. En vez de un *actor privilegiado*, una variedad caleidoscópica de agentes de cambio (aunque no todos con igual poder). En vez de un *solo resultado homogenizador*, una explosión de desigualdades a partir de una distribución compleja de alternativas biográficas, sociales e históricas (caos pero no sin

---

<sup>5</sup> No son pocas las decepciones. Por ejemplo, la teoría política sobre el papel de la democratización, o la teoría sociológica sobre los efectos de la educación, o la teoría de las etapas del crecimiento económico de Rostov, entre muchas otras, han sido desmentidas por los hechos.

un orden).

En el marco de esta perspectiva, parece adecuado –tal como propone Boudon (1984)- atribuir la explicación del cambio social ya no a estructuras globales, sino a elementos o procesos específicos identificables en términos temporales y espaciales. Recién a partir de este reconocimiento parece pertinente intentar determinar las condiciones más generales que los contiene y le da sentido; las cuales pueden tener sus propias reglas de cambio aunque éstas sean menos susceptibles de demostrarse en un sentido empírico.<sup>6</sup> Sin duda, el estudio del cambio social da lugar a la indeterminación, o, incluso, a juicios de valor acerca del futuro que se espera, pero de ninguna manera se trata de una ciencia inexacta obligada a rendirse a los procedimientos incommunicables de la interpretación. En cualquier caso, no cabe perder de vista que la estructura –aunque inasible- está presente en los acontecimientos. Esta mirada asume la idea de un orden social “relacional” y de la historia como “proceso”. Desde esta perspectiva, la totalidad social no es la sumatoria atomística de individuos o relaciones entre individuos que poseen de manera autónoma los comportamientos que habrán de explicarse. Tampoco es el espacio donde la propia naturaleza social engendra las propiedades que se imponen a dichas relaciones. Una concepción alternativa nos permite reconocer una "totalidad social" (relacional e histórica). En dicho sistema las interacciones entre componentes del sistema introducen cambios permanentes en las interacciones individuales, los cuales, al mismo tiempo, explican las variaciones del todo (Piaget, Mackenzie y otros, 1982).<sup>7</sup>

Esta “totalidad social” convoca a concebir al tiempo histórico como medida del cambio social. En este sistema encontramos estructuras conocidas y regularidades previsibles, pero, también, fisuras posibles y acontecimientos imprevistos. Los acontecimientos suceden en sistemas abiertos, no simétricos y, por lo mismo, regidos por tiempos internos donde el futuro histórico no está predeterminado. Un tiempo que hacia adelante es probabilidad e incertidumbre, y que en el presente es construcción interesada de sentido.

Siguiendo esta perspectiva, se vuelcan en este trabajo hallazgos de investigaciones realizados sobre los procesos de cambio social que parecen dominar el escenario socio-ocupacional y político-institucional en la sociedad argentina al inicio del nuevo milenio. Un escenario dominado por la desarticulación de un modelo de reproducción social fundado en el trabajo asalariado y las regulaciones asociativas y la emergencia de un orden socialmente polarizado y fragmentado. En su seno, se estudian y debaten los efectos de la crisis del mundo del trabajo sobre la estructura social, el surgimiento de nuevos actores y el papel que les cabe en este contexto a las denominadas *economías de*

---

<sup>6</sup> Afirma Boudon (1984: 192-194) que existen ciertos procesos en donde un estado en  $t + 1$  puede estar determinado sobre la base del conocimiento del estado en  $t$ . Pero esto no es una propiedad general, porque para que ocurra esto deben estar presentes y persistir toda una serie de condiciones, y que los actores deben estar en una situación *cerrada*. Pero no siempre éste es el caso: hay situaciones *abiertas* en las que el actor enfrenta un grupo de opciones sin tener una razón decisiva que le permita escoger una u otra. Y hay situaciones en las que los actores pueden *innovar*. Tales innovaciones pueden derivarse de una demanda específica, o puede presentarse por las demandas de un sistema; o bien, pueden ser enteramente independientes como efecto no deseado de la acción.

<sup>7</sup> Ver J. Piaget, Mackenzie, Lazarsferd y otros (1982). Por otra parte, cabe destacar que esta noción no es extraña a las discusiones clásicas que desarrollaron las ciencias sociales, sin embargo, siempre su aplicación ha presentado dificultades operativas y metodológicas.

*la pobreza.*<sup>8</sup>

### **El proceso argentino: una catástrofe anunciada**

Si bien la matriz económica y socio-cultural de la Argentina fue durante buena parte del siglo pasado muy diferente a la de la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso histórico de las últimas décadas puso en escena un patrón de producción de estancamiento, pobreza y fragmentación social que ha diluido tales diferencias. De esta manera, el país ha entrado al siglo XXI inmersa en la crisis más profunda de su historia. Ello ha tenido como consecuencia inmediata el empeoramiento de los niveles de vida de gran parte de la sociedad, conjuntamente con un incremento en los niveles de concentración de la riqueza, ambos procesos en niveles inéditos para el país.

Ahora bien, si bien estas son las claves estructurales del proceso histórico reciente, no cabe confundir las consecuencias con las causas. En términos generales, corresponde reconocer dos procesos históricos estructurantes –de tiempo largo- de la actual crisis económica y social argentina.

- 1) Por una parte, el renovado ciclo de expansión que experimentó el capitalismo mundial bajo la fuerza de una mayor concentración financiera y una activa reconversión tecnológica y productiva.
- 2) Por otra parte, el proceso local de agotamiento, crisis y mutación que –desde mediados de los setenta- fue experimentando el régimen nativo de acumulación y el sistema político de dominación corporativa.

En este marco, cabe rechazar toda simplificación de la historia reciente. De acuerdo con la evidencia, es al menos exagerado imputar a las políticas económicas y sociales introducidas durante la década de los noventa como la causa del extraordinario escenario de inequidad, segmentación, pobreza y descomposición que exhibe actualmente la estructura social. La génesis histórica de esta decadencia muestra desde mucho antes las marcas de un capitalismo financiero en expansión y, junto con ello, la crisis estructural de una nativa sociedad salarial corporativa fundada en un modelo de industrialización sustitutiva. En este contexto, es posible reconocer la vigencia de dos dinámicas articuladas de deterioro social que, aunque relacionadas, surgen y participan de encadenamientos independientes:

- a) En primer lugar, la mayor concentración y especialización de los procesos productivos habrían generado el deterioro y posterior desplazamiento de amplios sectores que constituían en núcleo duro de la sociedad salarial del modelo industrial sustitutivo. Este proceso contó con el protagonismo de estrategias políticas intencionales, pero también con cambios tecnológicos y organizacionales que operaron sobre el vértice de la estructura productiva afectando los funcionamientos generales del resto de la estructura económica y social.
- b) Al mismo tiempo, la falta de renovación y dinamismo en los niveles intermedios de la estructura socio-productiva y socio-política, junto a un agotamiento de las

---

<sup>8</sup> Esta mirada sobre la problemática argentina actual ha estado fuertemente estimulada por la tesis de las “sociedades fragmentadas” de Mignone (1993) en cuanto a que las sociedades contemporáneas, tanto desarrolladas como periféricas, se están diversificando cada vez más, pero que las microtipologías emergentes tienden a concentrarse en torno a dos polos fundamentales, o macrotipologías, que difieren mucho en relación a las condiciones de existencia, las posibilidades de vida y la cantidad y calidad de los recursos sociales disponibles. De esta manera, el nuevo orden social no sólo sería más desigual en cuanto acceso a recursos materiales y simbólicos, sino también lograría un alto grado de integración gracias a los efectos socio-políticos generados por la propia polarización fragmentada del sistema social.



capacidades de intervención del Estado en el marco de un sistema social cada vez más heterogéneo y conflictivo habría generado una crisis en las oportunidades de movilidad social y en las redes de inserción de viejas y nuevas generaciones de marginales estructurales y clases medias vulnerables adheridos a las promesas de la modernización.

Esto procesos se agravaron con las políticas de apertura comercial, estabilización y reformas estructurales de los años noventa (tipo de cambio fijo, desregulaciones, privatizaciones y flexibilización laboral). Junto a una mayor heterogeneidad de la estructura productiva y una más marcada segmentación del mercado de trabajo, devino una mayor debilidad del sistema social y político-institucional. Unas de las consecuencias más importantes de este proceso han sido la debilidad de la demanda agregada de empleo orientada al mercado interno, la baja calidad del empleo generado, la caída en los ingresos reales de las familias, el deterioro de la seguridad social y el fuerte incremento en los niveles de concentración del ingreso. Estas condiciones produjeron, a su vez, un estallido de nuevas desigualdades, cristalizadas en una estructura social más empobrecida y fragmentada.

En general, sobre este diagnóstico, la literatura académica y la investigación empírica tienden a acordar. Ahora bien, un elemento no siempre suficientemente destacado es la “naturalización” que experimenta el deterioro de las relaciones sociales y laborales; así como su efecto más perverso: alejar del campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio privado o comunitario de la subsistencia. De acuerdo con esto, la clave interpretativa más importante de este proceso no es sólo el problema de la propagación de la pobreza y la desigualdad social, sino la forma en que las nuevas condiciones sociales han dado origen a conflictos y relaciones de fuerza diseminadas territorial, social y culturalmente, siendo a su vez funcionales a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos actores.

Es en este contexto que parte de la intelectualidad progresista parece reencontrarse con la vieja utopía del *sujeto histórico*, teniendo como referente a la masa de desposeídos y desocupados olvidados por el capitalismo argentino. En esta línea interpretativa cabe ubicar la renovada valorización que se hace a las “economías de la pobreza” – resignificadas como *economía social* o *economía popular*– valorando su expansión y capacidad de empoderamiento para la atención de los problemas de la pobreza o, incluso, como capital social capaz de mejora las oportunidades de desarrollo económico y humano de la población (Banco Mundial, 2001). Desde un enfoque distinto, se tiende a destacar, en cambio, la potencialidad de estas acciones como alternativa a la economía de mercado y a las políticas estatales funcionales en la acumulación de capital (Coraggio, 1994, 1998); o como procesos sociales que crean a través de la acción colectiva nuevas formas culturales de “socialización” (Schuster y Pereyra, 2001; Bialakowsky y Hermo, 2003) o de “símbolos culturales” (Masseti, 2004); o hasta incluso, una matriz alternativa de organización y poder popular (Svampa, 2003, 2004; Battistini, 2002).

Pero sin desmerecer el sentido político que cargan estas resignificaciones, cabe tomar distancias de las mismas para poder reconocer que instalar el problema de la exclusión social a partir de la movilización de los actores y de la opinión pública es condición necesaria pero no suficiente para definir la agenda pública, ni mucho menos para que emerja un tipo de economía o de sociedad capaz de atender y resolver el problema. En cualquier caso, los actores requieren mucho más que ser reconocidos por la opinión

pública para conducir una estrategia global de cambio social.<sup>9</sup> En este sentido, las investigaciones empíricas que avalan estas notas parecen demostrar que, incluso, desde la propia representación de los actores involucrados, su accionar está muy lejos de poder ser asimilado a una nueva utopía del desarrollo o a un renovado tipo acción política.

De hecho, tal como señalan varios autores (Palomino, 2004; Salvia, 2004; Lenguita, 2002), estos movimientos autogestionarios no han surgido como una alternativa al quiebre del modelo político y económico prevaleciente, sino como respuestas sociales a las consecuencias sociales negativas del funcionamiento de ese modelo durante tres décadas de estancamiento persistente y deterioro político-institucional de la democracia. Mucho más asociadas a viejas y nuevas formas de informalidad y a los nuevos procesos de marginalización (Bogani, 2004) que a una nueva organización social o políticas, estas prácticas parecen en realidad estar más cerca de constituirse en recursos de subsistencia que en fines en sí mismos (Feldman y Murmis, 2002; Salvia 2004).

Desde esta perspectiva, cabe destacar que por mucho que las “economías de la pobreza” (empresas recuperadas, cooperativas populares, micro emprendimientos colectivos, organizaciones vecinales, etc.) se hayan multiplicado, se las asuma revalorizadas, produzcan nuevas formas de identidad y constituyan un objeto privilegiado de las actuales políticas públicas (no importa si paliando o agravando la crisis del empleo), el desempleo, el subempleo y la marginalidad laboral de una gran masa de población continúan siendo las formas típicas bajo las cuales se expresan tanto la mayor subordinación del trabajo remunerado a las estrategias de acumulación de capital como las condiciones necesarias para su mayor explotación presente y futura. Por mucho que dicha acumulación produzca efectos de desequilibrio a nivel de la integración del sistema social y de la legitimidad del régimen político de dominación, a la manera en que los estudios sobre marginalidad describían esta situación hace treinta años atrás, recuperando en el escenario actual particular vigencia (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969, 1999).<sup>10</sup>

### **El Deterioro del Mundo del Trabajo**

La evidencia estudiada confirma que los problemas económicos y laborales en la Argentina no son de reciente gestación. Desde hace casi tres décadas que el régimen capitalista argentino no logra desarrollar un proceso sustentable de crecimiento económico, generando esta dinámica una pérdida neta de empleos productivos, a la vez que un aumento exclusivo del subempleo y la precariedad laboral (Altimir y Beccaria, 1999; Neffa et al, 1999; Salvia y Rubio, 2002; Monza, 2002; entre otros).

Uno pocos datos permiten ubicar mejor de esta verdadera “catástrofe” (Salvia, 2003).

---

<sup>9</sup> Sobre enfoque constructivista que aborda el problema de la definición de la agenda pública, ver p.e. Best (1989), Hilgartner y Bosk (1988) y Aguilar Villanueva (1993).

<sup>10</sup> En la etapa del capitalismo monopolístico – decía Nun (1969) ya en los años 60 – y especialmente en los países de América Latina, una parte de la superpoblación relativa dejaba de ser un ejército industrial de reserva, útil al sistema y pasible de ser explotado, transformándose en masa marginal, innecesaria, disfuncional y peligrosa. Se afirmaba que la creciente expansión del sector informal de la economía posibilitaba que quienes integraban una masa marginal afuncional para las empresas del sector moderno (que no los requerían por no reunir las calificaciones necesarias), podían, en cambio, ser ejército industrial de reserva para el sector informal. Pero era posible que existiera, en última instancia, una parte de la superpoblación relativa que fuera “marginal al cuadrado”, es decir, afuncional y prescindente también para el sector informal. En este caso, dicha masa podría ser disfuncional y peligrosa para el sistema social.

La problemática ocupacional en la Argentina actual es particularmente crítica. Más de 10 millones de personas (70% de población económicamente activa) sufren problemas de empleo, tales como la desocupación, el trabajo indigente, el empleo precario y el subempleo; si se excluye de esta situación a los que teniendo un empleo registrado y un ingreso mínimo legal no buscan trabajar más horas ni cambiar de trabajo, la masa de trabajadores sobrantes del capitalismo argentino asciende de todos modos a casi 7 millones de personas (el 50% de la fuerza de trabajo urbana). En igual sentido, la heterogeneidad y debilidad del mercado de trabajo se sigue haciendo evidente cuando se confirma que la mitad de la fuerza de trabajo ocupada se encuentra inserta en un mercado secundario o terciario dominado por la informalidad laboral. Sólo el 35% de los ocupados se encuentran insertos en el mercado primario privado, mientras que el 15% está ocupado en el sector público.

En este marco, los negativos indicadores sociales (como por ejemplo que más del 50% de las personas habitan en hogares pobres y el 25% en situación de indigencia) constituyen una expresión directa de esta estructura económico-ocupacional. En variados aspectos esta fuerza de trabajo excedente, lejos de estar integrada al mercado laboral como ejército industrial de reserva, constituye –al modo de la tesis de Nun, Murmis y Marín de hace treinta años- una masa marginal al menos poco funcional – cuando no disfuncional- a la dinámica de acumulación concentrada y a la regulación institucional del régimen de dominación social.

Con el objeto de precisar mejor el problema, cabe destacar algunos de los principales rasgos que enfrenta la actual estructura social del trabajo en la Argentina:

- 1) El débil crecimiento de la demanda agregada de empleo tiene lugar en un sistema productivo fragmentado, que presenta fuertes disparidades estructurales precedentes. De un lado, un polo económico dinámico que bajo la modalidad de enclave se encuentra integrado a los principales mercados mundiales y/o a mercados internos de elevada renta. En el medio viejas y nuevas clases medias profesionales, medianas empresas proveedoras para grandes firmas y microempresas de alta tecnología y de servicios especializados. En el otro polo, una economía informal inestable, apoyada en reglas de reciprocidad, obligada a una autoexploración forzada de sus activos para dar respuesta a las demandas fundamentales de subsistencia. Todavía más abajo, una verdadera “infraclass” (*underclass*), socialmente aislada, con crecimiento acelerado y que subsiste a través de actividades extralegales, prácticas laborales de mendicidad, programas sociales o trabajos ocasionales.
- 2) El desempleo y el subempleo se han convertido en un déficit estructural erróneamente explicado en términos de factores tecnológicos o demográficos o por déficit de capital humano. El núcleo duro del capitalismo argentino requiere sólo un tercio de la fuerza de trabajo disponible. Se trata de un problema que afecta a grandes masas de la población, tanto a trabajadores adultos como a nuevos trabajadores jóvenes; a la vez que los trabajadores de baja calificación constituyen un grupo particularmente vulnerable en términos de precarización laboral. Esta situación explica en primer lugar la desaparición de los tradicionales grupos de renta media característicos de la sociedad argentina. Al mismo tiempo, la emergencia de una nueva clase de trabajadores autónomos precarizados se explica por la gravedad y extensión del desempleo y la pobreza en los hogares marginados, y no por las bondades y oportunidades que brinda el sistema económico.
- 3) El mercado laboral está afectado por una fuerte segmentación social de las oportunidades de empleo y progreso socio-económico en términos de ingresos y

recursos culturales; lo cual ha ampliado las brechas productivas y socio-institucionales entre el sector formal reservado a las “clases medias prósperas” y el sector informal propio de los grupos marginados empobrecidos. Estas características de crisis de la estructura social del trabajo se presentan en forma heterogénea según la región, sus capacidades productivas y desarrollo político-institucional. En particular se agrava con la depresión de algunas economías regionales y la falta de iniciativas de desarrollo local, tanto en el conurbano bonaerense como en diferentes zonas del interior del país.

- 4) En este contexto, no cabe sorprenderse que el déficit institucional que presenta la sociedad civil y el Estado para encarar un modelo de crecimiento endógeno y una política de regulaciones que atienda estos problemas estructurales. La raíz estructural del problema y el grado de desintegración que padece la sociedad convierten en inoperantes o, incluso, contraproducentes a los mecanismos de regulación fundados en los lazos asociativos tradicionales (regulaciones salariales, protección contra el despido, seguro por desempleo, etc.). Los institutos del Estado vinculados a la atención de los problemas de pobreza, desempleo y precariedad laboral se ven desbordados ante la magnitud de la marginalidad social y la informalidad laboral y la debilidad de una economía de mercado que no demanda de muchos más trabajadores que los que ya tiene.

En este contexto, la población excluida del empleo se ha visto obligada a generar un conjunto de variadas expresiones económicas de nuevo signo a lo largo y ancho del país: microempresas familiares, emprendimientos vecinales asociativos, nuevas cooperativas de consumo, movimientos de desocupados que administran planes sociales y asisten a la reproducción social, cooperativas de trabajo que recuperan empresas y las ponen a producir, y otras iniciativas donde se dice tiende a prevalecer el fin social sobre el lucro individual. Asimismo, se afirma que la generalización de estas prácticas tiende a implicar un proceso instituyente de mutación de los lazos sociales locales-territoriales. Por lo mismo, se trataría de un movimiento heterogéneo de actores y estrategias. No son pocos los que suponen la emergencia de una "economía social o popular" en franca oposición a la dominante economía capitalista de mercado. Pero lo único comprobado y comprobable es que estas iniciativas representan hoy para centenares de miles de familias la única vía de subsistencia.

Ahora bien, ¿en qué medida tales prácticas son además la expresión embrionaria de una nueva concepción del mundo del trabajo o de un nuevo modo de construcción de identidad política y social? Y, más importante, ¿en qué medida pueden generar un punto de inflexión en el tiempo medio de la historia económica, social y política de este país en el contexto de la globalización?

### **La Función de Sentido de las Economías de la Pobreza**

Estas preguntas convocan a discutir qué es lo realmente nuevo y significativo que producen estas formas de asociación y las acciones que despliegan y gestan estos movimientos. ¿Nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio o actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso? ¿Viejas nuevas formas de reclamo y de afirmación del cambio social o prácticas instrumentales desesperadas en un contexto de creciente pérdida del valor presente de todo futuro? ¿Economías sociales en lucha por el poder o economías de la pobreza en fase de reproducción ampliada?

Para muchos entusiastas visionarios estas preguntas resultan por lo menos innecesarias,

cuando no políticamente deplorables. Pero es preferible elaborar una tesis imprudente, incluso errada, pero factible de ser refutada, antes que un discurso que estimule la circulación de “espejos de colores”. No porque no pueda reconocerse en las estrategias colectivas de subsistencia la expresión de un conflicto social; ni tampoco porque ellas no logren constituirse en verdaderos “laboratorios de vida” (Mellucci, 1996), instituyentes de nuevas articulaciones socio-culturales un sistema cada vez más multicultural. Pero frente a lo que se afirma desde ámbitos académicos o políticos sobre el carácter “transformador” de tales iniciativas, cabe llamar la atención en el hecho de que tales prácticas de autogestión se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el propio sector informal y los encadenamientos corporativos o clientelares tradicionales –incluida la red estatal–; y que, si bien las demandas sociales se multiplican imponiendo algunos temas a la agenda, el eje de sentido dominante de la acción sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. A lo sumo, para los propios protagonistas, la economía social constituye en sus expectativas –por lo general infundadas en cuanto a los resultados posibles– la primera estación y no la última de una estrategia que anhela un empleo asalariado fordista y oportunidades de movilidad social del tipo que caracterizó a la corta vida del Estado de bienestar.

Dicho en otros términos, bajo este sistema social no parece florecer la libertad y la autonomía sino una mayor descomposición social y fragmentación polarizada que tiene incluso a estas nuevas iniciativas como espacios de reproducción de la marginalidad y de las relaciones de fuerzas sociales que las hacen posible. Es en este orden de conflicto que presenta particular relevancia evaluar con capacidad crítica la salida que está teniendo la sociedad salarial corporativa, sus derivaciones en términos de fragmentación social y la emergencia de nuevas formas de segregación y precariedad en el mundo del trabajo. Siguiendo esta perspectiva, cabe destacar algunas de las condiciones que dominan el escenario de la reproducción socio-económica de los segmentos que conforman la economía de la pobreza:

- a) Creciente alejamiento y ruptura con la estructura social del trabajo formal (dominado ahora por los mercados internos) y las redes asociativas tradicionales (sindicatos, partidos políticos clasistas);
- b) reforzamiento de los lazos familiares y comunitarios de reciprocidad como reacción y efecto de los procesos impuestos de segregación residencial y de precarización de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social); y
- c) creciente auto-aislamiento del resto de la estructura social dominante (mercados, circuitos y valores cada vez más globalizados) como un mecanismo de tipo estratégico-defensivo.

Este avance de la segmentación en distintas esferas de la vida social constituye una importante fuente de tensión y conflicto. En particular, debido a que la mayor parte de la sociedad argentina mantiene vigente –aunque debilitado– un ideal de progreso de oportunidades, afirmado históricamente a través de la generalización de fuentes de movilidad social y el acceso –aunque no universal– a robustas instituciones de bienestar. Por lo mismo, las actuales iniciativas de sectores afectados por la pérdida de sus capitales económicos y sociales, la devaluación de sus capitales humanos y el deterioro de oportunidades de movilidad social, implican la puesta en acto de una reacción contra la falta de posibilidades de movilidad, seguridad y bienestar que prometiera en su momento el modelo desarrollista del Estado de bienestar nativo.

Del mismo modo en que las corporaciones políticas, sociales y gremiales tradicionales

reivindican –aunque cada vez con menor éxito- la cuota de poder y de privilegios pactados, los nuevos actores sociales demandan su particular cuota política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y de derechos especiales. De esta manera, la pobreza generalizada –a la vez que políticamente movilizadora y reivindicada- en una sociedad en crisis como la argentina implica una redefinición de los lazos sociales; pero no en clave de integración sino de fragmentación de las relaciones sociales (de ninguna manera una anomia individual, ni tampoco ausencia o vacío de vínculos sociales).

Por lo mismo, intentar revertir el problema de desempleo y de la falta de ingresos en términos de una “economía de la pobreza” (o economía social) está lejos de garantizar una reparación de los lazos de integración y de los soportes intersubjetivos perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos del trabajo asalariado. Al mismo tiempo que la afirmación de su identidad y su reclusión sobre el espacio territorial no hacen más que profundizar la crisis de dicho orden, sin capacidad efectiva de poder modificar las condiciones generales de dominación y dar solución a la profunda crisis del capitalismo argentino.

A manera de hipótesis provocadora, este trabajo sostiene que los actores movilizados alrededor de la llamada “economía social” no son agentes directos del cambio social en un sentido progresista. Ni a nivel global, ni a nivel local. Por el contrario, sus prácticas y representaciones si bien fortalecen vínculos de reciprocidad, tienden a generar una redefinición de los lazos sociales en dirección a una mayor degradación de los derechos de ciudadanía plena y de los espacios asociativos establecidos; incapaces estos, a su vez, de recomponer la legitimidad perdida.<sup>11</sup> De tal manera que lo más destacable del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción, identidad o autoorganización social que la crisis del empleo y la sociedad de bienestar generan entre los pobres y desplazados; sino los efectos de mutación que el conjunto de la situación (desamparo + reacción) tiende a producir sobre el orden social, poniendo en escena respuestas locales que reproducen de manera ampliada y sin solución, una matriz atomizada y conflictiva de integración social.

Lejos de ser las economías sociales un directo protagonista del cambio social a través de sus efectos de construcción de identidad, la virulencia de las protestas contra el desempleo, la pobreza y el resto de las incumplidas promesas de la modernidad, lo son en términos del *impacto de sentido* que generan tales prácticas en la opinión pública y en las representaciones de los sectores con poder. Así pues, ¿qué dicen sin decir las “economías de la pobreza”? Al menos cabe significar tres mensajes: 1) muestran el fracaso y la impotencia que padece el capitalismo argentino; 2) desafían los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la debilidad de la sociedad civil para neutralizarlos; y 3) ponen en escena el potencial disponible por parte de la sociedad informal y marginada para atender su propia reproducción *al margen* o *en contra* de la sociedad estructurada.

En cualquier caso, *impactos de sentido* que amenazan y preanuncian un riesgo serio para la matriz dominante, tensándola en dirección a una redefinición del contrato social y del sistema de control político. Ahora bien, en los hechos tal redefinición parece

---

<sup>11</sup> En tal sentido, el proceso así representado convoca a pensar en un deterioro social no del tipo de la *degradación caracterial* que describe Sennett (2000) para las sociedades post industriales; si no más bien del tipo descrito por Wacquant (2001) para las formas que asume la nueva marginalidad urbana en el mundo.

avanzar en una dirección claramente opuesta a producir mayor igualdad de oportunidades, autonomía de acción política e integración social frente a los procesos de globalización. La reacción dominante se centra en el reconocimiento al derecho de subsistencia bajo reglas de reclusión y confinamiento. Para ello el Estado debe atender las demandas subsistencia de las *economías de la pobreza*, reconocer la matriz económica y política que le da sustento y arbitrar en los conflictos. De esta manera, lo verdaderamente nuevo de la actual matriz económica, social y política del capitalismo argentino es la legitimación del derecho social a contar con un trabajo informal, precario y no registrado, el derecho a vivir en la pobreza y ser pobre de otros derechos, el derecho a la marginalización económica y política, el derecho a reclamar y competir por beneficios o compensaciones especiales, el derechos a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo.

Es decir, lo importante y verdaderamente nuevo de las “economías de la pobreza” no parecen ser el contenido de sus discursos ni las prácticas sociales que crean para sí, ni tampoco sus acciones colectivas contra el poder, sino el efecto de *sentido* que se va construyendo “fuera de ella”, obligando a los grupos dominantes a buscar respuestas políticas “nuevas” a viejas demandas sociales de inclusión ciudadana. De este modo casi perverso, sin nuevos protagonismos ni efectos virtuosos, parece producirse –aunque con dirección incierta- el cambio social en la Argentina actual. Por ahora, nada objetivamente distinto parece dejar la producción social de sentido que moviliza a dichas prácticas.

### Bibliografía

- Aguilar Villanueva L. (1993): *Problemas Públicos y Agenda de Gobierno*. Miguel Ángel Porrúa, México.
- Altimir, O. y Beccaria, L. (1999): “El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina”. En *Serie Reformas Económicas N° 28*, Naciones Unidas/CEALS, Santiago de Chile.
- Balandier, G. (1989): *El Desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Gedisa, Barcelona.
- Banco Mundial (2001): *World development report 2000/2001*, WB, Washington.
- Battistini, O. (coord.) (2002): *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*. Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- Bialakowsky, A. y Hermo, J. (2003): “Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local”. En A. Bialakowsky (comp.): *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina*, Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003, Revista Herramientas, Buenos Aires.
- Bogani, E. (2004): “De marginales y desocupados: apuntes para una nueva discusión sobre las poblaciones “exedentarias” a partir de los conceptos de masa marginal y empleabilidad”. Ponencia presentada en el *II Congreso Nacional de Sociología – VI Jornadas de Sociología de la UBA – Pre ALAS 2005*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 20-23 octubre.
- Boudon, R. (1984): *La place du désordre*. PUF, París.
- Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós, Buenos Aires.

- Coraggio, J. L. (1994): *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*. Instituto Fronesis, Quito.
- (1998): "Las redes del Trueque como Institución de la Economía Popular". En *Economía Popular Urbana: Una Perspectiva para el Desarrollo Local*, octubre.
- Feldman y Murmis (2002) "Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes". En Beccaria, L.; Feldman, S. et al.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Univ. Gral. Sarmiento- BIBLOS, Buenos Aires.
- Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1998): *La nueva era de las desigualdades*, Ed. Manantial, Barcelona.
- Laszlo, E. (1990): *La gran bifurcación*. Gedisa Ed., Barcelona.
- Lenguita, P. (2002): "El poder del desempleo. Reflexiones crítica sobre la relevancia política del movimiento piquetero". En Battistini, O. (coord.): *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*, Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- Massetti, A. (2004): *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Editorial de las Ciencias, FLACSO, Buenos Aires.
- Melucci, A. (1996): *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge University press, Cambridge.
- Mignoni, Enzo (1993): *Las sociedades fragmentadas*. Colección Economía y Sociología del Trabajo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España.
- Monza, A. (2002): *Los dilemas de la política de empleo en la conyuntura argentina actual*. Fundación OSDE / CIEPP, Buenos Aires.
- Morin, Edgar (1994): *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, Barcelona.
- Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y Pérez, P. (1999): "Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina". En *Serie Exclusión Social – Mercosur*, n° 109, Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile.
- Nun, J. (1969): "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal". En *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, n° 2, México.
- (1999): "Nueva visita a la teoría de la masa marginal". En *Revista Desarrollo Económico*, IDES, vol 39, n° 154, Buenos Aires.
- Nun, J.; Marín, J.C. y Murmis, M. (1968): *La marginalidad en América Latina: informe preliminar*. Documento de trabajo n° 35, CIS, Buenos Aires.
- Palomino, Héctor (2004): "Las experiencias actuales de autogestión en la Argentina". En *Revista Nueva Sociedad*, n° 184, Caracas.
- Piaget, Mackenzie, Lazarsferd et al. (1982): *La situación de la ciencia del hombre en el sistema de las ciencias*. Ed. Alianza-UNESCO.
- Prigogine, I. (1983): *Tan sólo una ilusión*. Tusquets Editores.
- Prigogine y Stengers (1983): *La nueva alianza: metamorfosis de la ciencia*. Alianza Universidad, Madrid.



Salvia, A. (2003): “Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002”. *Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral*, año 4, n° 11-12, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Verano-Otoño.

----- (2004): “Crisis del Empleo y Nueva Marginalidad en la Argentina”. En *Argumentos, revista Electrónica de Crítica Social*, n° 4. Publicación del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires.

Salvia, A. y Rubio, A. (coord.) (2002): Trabajo y desocupación. Programa “La Deuda Social Argentina” 1. Departamento de Investigación Institucional, Instituto de Integración del Saber, UCA, Bs. As.

Schuster, F. y Pereyra, S. (2001): “La protesta social en la Argentina democrática”. En Giarraca, Norma (comp.): *La protesta social en la argentina*, Alianza, Buenos Aires.

Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Ed. Anagrama, Barcelona.

Svampa, M. (2003): *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Introducción. Universidad de General Sarmiento-Biblos, Buenos Aires.

Svampa, M. (2004): “Cinco tesis sobre la nueva matriz popular”. En *Laboratorio*, año 4, n°15, primavera.

Wacquant, Loïc (2001): *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Ed. Manantial, Buenos Aires.